

Juan María Alponte

EL SIGLO DE LAS LUCES Y LOS ENCICLOPEDISTAS (1715-1789) VOLTAIRE Y ROUSSEAU

Luis XIV, el Rey Sol, el monarca del absolutismo –“El Estado soy yo”– moría en 1715, esto es, once años después de John Locke.

En Francia, un visitante de la Inglaterra lockiana y newtoniana, Voltaire³⁵, allí aprendió inglés, escribía, en sus Memorias³⁶, estas afirmaciones netas y claras: “Yo he sido el primero que ha osado desarrollar en mi nación los descubrimientos de Newton³⁷ en lenguaje, añade, comprensible. Yo era también gran admirador de Locke, yo le consideraba como el único metafísico razonable”.

Añade: “No se puede concebir con qué encarnizamiento y qué intrépida ignorancia se desencadenó contra mí por ese artículo. Locke no había hecho ruido en Francia... porque los lectores leían a Santo Tomás y Quesnel y, la mayor parte, novelas. Cuando elogió a Locke se gritó contra él y contra mí...”.

No es fácil asumir las nuevas ideas si éstas, las de John Locke, como se ha visto ya, implicaban, frente al absolutismo ideológico, la apertura al cambio del mundo. El Obispo de Mirepois, le dijo: “Sí, yo os aplastaré”. La frase, inquietante, sobresalta: “*Oui, et je vous écraserai*”.

El nacimiento de Voltaire, bautizado en París el 22 de noviembre de 1694 con el nombre de Francois-Marie Arouet, no fue fácil. Se le consideró, en principio, raquítico y presto a morir. Así vivió, impávido, hasta los 84 años. Él, sin más, se atrincheró –los retratos de la época no le favorecen– en su debilidad y de su debilidad extrajo su fuerza.

³⁵ **L’Ecole des Lettres**. Editorial Seuil, 1993. **Voltaire, Mémoires**.

³⁶ Voltaire, 1694-1778.

³⁷ Isaac Newton, 1642-1727, físico y matemático inglés de fama universal por su aportación científica sobre las Leyes de Gravitación universal.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

El padre, tejedor lúcido, adquirió bienes y, finalmente, se instaló en París comprando una notaría. El matrimonio tuvo dos hijos de equilibrio perfecto, pero angustioso para el padre. Uno fue fervoroso religioso y el otro martillo pilón de los fanáticos. Las “dulces” palabras del Obispo de Mirepois lo revelan.

Según sus numerosos biógrafos –no se puede impedir que llueva en descampado– su padrino, el Abad de la Abadía de Chateauneuf era un gran libertino (tal dice André Maurois) lo que revela que no se sabe, nunca, dónde se asarán las castañas. Pero el fin de Luis XIV favorecía lo inesperado. Dice Maurois, ilustre por sus biografías pasmosas, que el Abad le enseñó versos en los que se condenaban todas las religiones. No sé lo que diría el Obispo de Mirepois, pero lo cierto es que a los 10 años internaron a Voltaire en el Colegio Louis-Le-Grande, de los jesuitas. No se sabe la causa por la cuál los jesuitas han generado tantos revolucionarios –los hermanos Castro de Cuba pasaron años con ellos– pero lo cierto es que Voltaire no los dejó mal. El padre, por supuesto, después de comprar la notaría e instalarse entre los profesionales de la clase media, quería que su hijo fuera abogado. No hubo de qué. Voltaire dejó, para el asombro de sus biógrafos, una frase que golpeaba, duro, el modelo paterno: “Decid a mi padre que no quiero la estimación que se compra (sería acusación al ejemplo paterno) y que yo sabré hacerme una que no costará nada”.

Bien educado, feliz con las lenguas clásicas, sabiendo de memoria un poema agnóstico –La Moisade– poema en que se condenaban todas las religiones. Según André Maurois desde los tres años se lo sabía completo –¿no será un exceso?– pero lo cierto es que el Abad de Chateauneuf lo elogiaba y los jesuitas de Louis-Le-Grand estaban maravillados de su memoria y de sus capacidades para el estudio.

Pronto, adolescente, visitaría las casas de la nobleza donde se entrenaban para aprender a vivir sin el absolutismo. Su capacidad para la versificación le conducirá al teatro donde pronto, sin más, tendrá un espacio famoso. El rey de Prusia le llevará a su rancho cuartelero para que sea su maestro y guía de francés con buena paga. Pronto, pues, sería un invitado significativo en

Juan María Alponete

las grandes mansiones de Francia que se entrenaban en la teoría del fin del absolutismo y se interrogaban sobre el destino y fin del Estado absoluto. Nadie se atrevía a decir, todavía, Estado de Derecho, pero después del derrumbe de Luis XIV y la decapitación de Carlos I de Inglaterra, y las definiciones de Locke sobre la Ciencia Política, no se asombraron demasiado de que, pese a la modificación de los nuevos monarcas, se condujera a Voltaire a la prisión de la Bastilla –que sería derruida por la Revolución Francesa– donde recibía, impávido y enclenque, a los grandes señores de Francia. El tiempo histórico le colocaba entre los fichados por la policía.

Pronto, sus libros ampliarían, en el Vaticano, la Lista de los Libros Prohibidos. En su *Dictionnaire Philosophique*, en el espacio dedicado al “fanatismo”, el enclenque, que siempre se estaba muriendo –una artimaña volteriana para sobrevivir– escribía así no más: “Fanatismo: la superstición que transporta la fiebre, la rabia y la cólera... El más detestable ejemplo del fanatismo es el de los burgueses de París que corrieron a asesinar, estrangular y arrojar por las ventanas, en piezas, en la Noche de San Bartolomé³⁸, a sus conciudadanos porque no van a misa. Hay otros fanáticos de sangre fría: son los jueces que condenan a muerte a aquellos que no han cometido otro crimen que no pensar como ellos... Cuando, por una vez, el fanatismo ha gangrenado su cerebro la enfermedad es casi incurable...”.

Pronto, el *Dictionnaire Philosophique* se alineó entre los Libros Prohibidos. El *Dictionnaire* de ese título que tengo en mi biblioteca tiene 374 páginas. No se las leo por entero. En el capítulo sobre la Tolerancia (de la página 362 a la 368) dice cosas como estas: “De todas las religiones, la cristiana es, sin duda, la que debe inspirar más tolerancia, aunque hasta aquí los cristianos hayan sido los más intolerantes de todos los hombres”.

De Voltaire tenemos, como herencia, una frase clásica: “Yo no estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero daría mi vida para que pudiera decirlo”.

³⁸ En el libro “**100 Points chauds de L’Histoire de L’Eglise**” con prefacio del cardenal A. Renard, se ratifica la matanza colectiva de hugonotes (protestantes franceses) en París y provincias en 1572 y añade “**la enormidad de la matanza (masacre) ha contribuido, por otra parte, a abrir los ojos**”.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Sin embargo, el momento culminante de la vida de Voltaire, en el cuadro de la revolución enciclopedista del Siglo de las Luces, se centra en un episodio de la existencia —el compromiso— de Voltaire con el Siglo de las Luces y, sin duda, con el siglo actual.

En efecto, la noche del 13 de octubre de 1761, en Tolouse, una familia de comerciantes de tejidos, la familia de los Calas, de religión protestante (hugonotes en Francia) después de la cena bajan a la planta baja de la casa —donde está el mostrador donde venden sus mercancías— y se encuentran a su hijo ahorcado de una viga. Horrorizados le colocan sobre el mostrador y, sabiendo, sin más, que un suicida no puede ser enterrado en tierra santa y será arrojado a los basureros. Intentan enmascarar el suicidio haciendo ver que es un asesinato. Sus gritos conmocionaron al vecindario que, inmediatamente, en el marco del fanatismo, claman, igualmente a gritos, que Jean Calas ha asesinado a su hijo porque quería convertirse al catolicismo. Parece que su “enfermedad” fue mal de amores.

El juicio, montado sobre el fanatismo y la superstición, hace caso omiso de la declaración de Jean Calas que, por ninguna causa, mataría a su hijo. Es condenado a muerte y maltratado, en el cuerpo, de manera afrentosa. Muerte terrible.

En ese tiempo, Voltaire vivía en su mansión de Ferney, cerca de la frontera de Suiza. Él decía que cuando los franceses le perseguían se refugiaba en Ferney para huir a Suiza y al revés. Estando allí, en su “castillo”, trabajando en su propio negocio de relojes, sin abandonar la literatura y el teatro, un visitante le relata el horror de la muerte de Jean Calas. Voltaire asume la significación del drama y su indignación le lanza a una batalla que centrará, en cierta medida, la resistencia a la barbarie. No se limita a la simple protesta, abandona Ferney y regresa, a París, con un proyecto casi impensable: solicitar del rey la revisión del juicio. No intenta, él, famoso, amotinar al pueblo en las calles. Insiste en la revisión desde la Ley. En la Fuerza de la Ley.

Juan María Alponte

Era lo impensable, pero el cambio del tiempo histórico, ese infinito que sólo los hombres de conciencia intuyen, le permite lo imprevisible: que el rey acepte, y lo hace, la revisión del juicio –Estado-e-Iglesia como acusados en el mismo banquillo– y, desde ese momento, el genio del dramaturgo, reúne a todos los testigos, revisa las declaraciones y entiende, sin más, que se trata de un juicio montado sobre el fanatismo y los prejuicios.

Ante el asombro colectivo –siempre se debe intentar cuando la conciencia, no el ruido, se rebela– Voltaire demuestra que el juicio se había reducido a una sórdida colaboración entre el fanatismo, la ignorancia y la necesidad de usar a Jean Calas como ejemplo para someter, con el miedo, a los hugonotes.

La revisión judicial tuvo una importancia capital. Hubo de aceptarse, públicamente, el montaje y la ceguera de los jueces.

La revisión tuvo un eco social inmediato. Voltaire no pudo devolver la vida de Jean Calas, pero salvó a su familia de la infamia. Fue un acto liberador –el escritor comprometido con sus ideas y su pueblo– que le convirtió en el defensor de todos los perseguidos.

Una serie de casos escandalosos, como el del caballero Barre acusado de haber destruido un crucifijo en un puente y otros tantos fueron defendidos por Voltaire que no quiso ser abogado, como pretendía su padre y se transformó en una conciencia liberadora. Los perseguidos llamaban a su puerta y, sin más, la abrían.

El Siglo de las Luces tenía, en su centro, la edición de la Enciclopedia. Era un proyecto intelectual de Diderot y Alembert que cruzaron, el siglo XVIII, con un proyecto inmenso: reunir todos los talentos en una serie de tomos –la censura caerá, sobre ellos, pero no podrá imponer ya todo el peso del conservadurismo confrontado con el cambio– que se cruzan con la doble existencia de dos grandes agitadas conciencias: Voltaire y Rousseau.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

La Enciclopedia, dice bien Francois Moureau en *Le romen vrai de L'Encyclopédie*, “no ha nacido de la nada en la mitad del siglo XVIII. Es el producto de todo un movimiento intelectual”. Añadirá algo de valor y que se sumerge, como el pez en el agua, en este libro que convoca a la diversidad, a la complejidad en el desarrollo y proceso de los grandes cambios de la historia.

Añade Moureau, “el cartesianismo” –como se puede observar en las obras intelectuales y éticas de la resistencia y la apertura al Siglo de las Luces– revela una vasta rebelión social y cultural que se funde con la duda razonada y que será la fuente de la ciencia moderna. Ello convierte, en caducos, los diccionarios de hechos y, sobre todo, la interpretación de los hechos recibidos como verdaderos porque son proporcionados por la “docta Antigüedad”.

La querrela entre los Antiguos y los Modernos, en sus dos versiones al final del siglo XVII y el comienzo del siglo siguiente no fue, solamente, un debate literario y político, sino que tuvo una vertiente científica y filosófica indisputable y aleccionadora.

La convocatoria a los talentos, convocatoria dirigida por los talentosos Diderot y Alambert, permitió una reflexión colectiva –¿no es hora de convocar otra Enciclopedia en el cuadro de la mutación en las relaciones de poder y en el ámbito de una revolución científica acelerada?– que resistiría, con valor y lucidez, las intromisiones de la censura. Censura que retrasa, censura que prohibirá, cierto, algunos tomos de la Enciclopedia, pero que no impide lo esencial: que científicos, filósofos, poetas, dramaturgos, matemáticos, creadores, participen en la obra común. La batalla estaba en marcha.

Voltaire, entre ellos, no admite el descanso. Publica el libro “El Caso Calas” y coloca ante Francia y el mundo la dimensión que puede tener el fanatismo, “esa enfermedad epidémica, *cette maladie épidémique*”.

Juan María Alponente

No se conforma, Voltaire, con hacer público “L’affaire Calas”, sino que añade, implacable, un texto más que tendría una repercusión extraordinaria: Tratado sobre la Tolerancia en ocasión de la muerte de Jean Calas. Año 1763.

Las últimas líneas del *Traité sur la Tolerance*, en la ocasión de la muerte de Jean Calas, conforman una inmensa advertencia –el efecto fue memorable– que termina así no más: “Estos casos son raros, pero suceden, y ellos son el efecto de esta superstición sombría que conduce a las almas débiles a imputar unos crímenes a cualquiera que no piense como ellos”. Esas últimas palabras, cruzaron el espacio y el tiempo: “a quien no piense como ellos”.

Pero ¿cómo pensar como ellos?

El tiempo de Voltaire se cruza, prodigioso, con el tiempo de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) que, en la diversidad de las opciones, en la diferencia de los estados de ánimo, en la pluralidad de los conocimientos tendrá, como Voltaire, un lugar eminente entre los hombres de la Ilustración.

Leo, ahora, un libro prodigioso, “Rousseau et Voltaire, Portraits dans deux miroirs”, de Henri Gouhier, de la Académie Française. Es un libro hermoso que recorre ese doble discurso entre el hombre del *Affaire Calas* y el hombre –Rousseau– cuyo *Discurso sobre el Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres* (1754) y *El Contrato Social* (1762) más el *Emile* (1762) generaron, en el universo de la Enciclopedia y el Siglo de las Luces, un debate reformador donde la crítica se eleva a categoría histórica. Lástima que Voltaire y Rousseau, indispensables, no siempre, ¿Era inevitable?, no se entendieran entre sí. Les debemos, también, que no se entendieran siempre. Así, sólo así, resplandece, en la controversia, la significación de los dos.

La admiración que expresa Rousseau (en su carta a Voltaire del 30 de enero de 1759) no siempre tuvo una respuesta adecuada. Los dos se sabían superiores. Voltaire tenía un territorio cultural –teatro y crítica histórica

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

inabarcable— inmenso y público. Rousseau, sobremanera con su Discurso sobre el Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres trasciende a nuestros días, como Voltaire con el Tratado sobre la Tolerancia, por vía de una inmensa meditación filosófica que, a veces, sobrecoge por su anticipada lucidez. Véase este ejemplo: “...Los jurisconsultos, dice Rousseau, que se han pronunciado gravemente, señalando que el hijo de un esclavo nace esclavo han decidido, en otros términos, que el hombre no nace de otro hombre”. Dura y áspera la crítica. Elegante también.

Un razonamiento vertical que define el pensamiento del enciclopedismo que aparece, lúcido, aceleradamente, en el Siglo de las Luces. ¿Cómo no recurrir, siendo distintos, a Voltaire y Rousseau a la vez que a las Generaciones que se batirían solitarias y confrontadas, con su tiempo, a partir de 1715?

Por todo ello, el caso de John Locke, proporcionando una ideología y una filosofía para la ruptura histórica, ruptura que genera la Revolución Gloriosa de Inglaterra en 1688, le hace partícipe y profeta del asalto, implacable, que la Revolución de 1789, a su vez, proporcionaría, después, al mundo con su propia Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Un siglo antes, no se olvide, y se olvida, que Locke lo anticipó en cien años cabales.

Jean-Jacques Rousseau, además de su obra, nos proporciona, a su vez, un retrato, en profundidad, por vía de sus *Confessions*, Confesiones que nos aproximan a un hombre excepcional de su tiempo, un hombre de la Enciclopedia con su talento y con sus vicisitudes. En efecto, al contarnos su vida en sus Confesiones nos incorporamos a él. De pronto, repentinamente, sus palabras nos dicen que vivió, con plenitud, su época y sus confrontaciones. Por ese camino se acerca a nosotros. Nos dice:

“Yo he prometido mi confesión; no mi justificación, por tanto, me detengo en este punto. Es cosa mía ser verdad; al lector le corresponde ser justo. Yo no le pediré nada más”.

Juan María Alponente

¿No es un texto del siglo XXI escrito para los mejores?

Inaugura Rousseau el romanticismo cuando habla de su derredor amoroso. “Yo he mirado siempre el día que me uní a mi Theresa como el día que fija mi ser moral... *Maman* –dice así– *maman* envejece. Sentía probado que ella no podía ser, por más tiempo, feliz aquí abajo”.

De esas líneas de inquietud amorosa y calma pasa a enfrentarse con la realidad en las páginas sobre el Origen de la Desigualdad y, analista inquietante, no duda en decir esto que no deja de invitar a la meditación: “Es en el seno del desorden y de estas revoluciones donde el Despotismo eleva, por grados, su cabeza odiosa y devora todo lo que ha percibido de bueno y de sano en todas partes del Estado procediendo a derribarlas a los pies de las leyes y del pueblo para establecerse (el despotismo) sobre las ruinas de la República”. Texto bien lúcido. Las crisis han abierto la puerta, de nuevo, a grupos extremistas y populistas, reaccionarios en el fondo, que expresan tendencias autoritarias y, en casos, en Francia y Grecia, son viejas tendencias fascistoides. Tumultos, pero no la conciencia crítica que asume la raíz de los problemas. No su apariencia.

Las cartas que cruza Rousseau con Voltaire –que integra en el Discurso sobre el Origen de la Desigualdad– revelan la dificultad del entendimiento entre los dos que son, sin duda, paradigmas y emisarios del Siglo de las Luces. Cada uno en su lugar. Pero Voltaire no aceptará las posiciones, radicales, de Rousseau en el Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres o su **Discurso** sobre las Ciencias y las Artes. Sensibilidades sociales distintas. En efecto, en su texto, El Contrato Social (1762) Rousseau persiste en los derechos del pueblo sobre el gobierno y no duda en afirmar, como dirá Locke antes, que el gobierno puede ser legítimamente derribado si no cumple con las peticiones del pueblo. Sin duda, tuvo, Rousseau influencia sobre la proyección ideológica de la Revolución Francesa. Lo cierto es que los dos –antítesis– Rousseau y Voltaire serían rescatados de sus tumbas por la Revolución y conducidos al Panteón de los Hombres Ilustres de Francia. Cada uno se integraría, a su modo, en la historia. En su Confesión Rousseau no duda en admitir su moral conflictiva: abandono de sus hijos y lo que él mismo señala como

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

una vida ocasionalmente inmoral. Testimonio doliente de una época en tránsito que Kant asumiría, a su vez, como conciencia del deber.

El mundo vibraba, en el Siglo de las Luces, con el Enciclopedismo, hacia una edad que reconocía y anticipaba las mutaciones que ofrecía la Ciencia frente a la tradición religiosa. En su *Emile* (1762) Rousseau evoca una teoría nueva de la Educación. No se cabía ya en el estrecho mundo de un pasado ideológico, rígido, unilateral. El propio Alembert, a su vez, explicaba lo que debía ser la Enciclopedia.

En efecto, en su artículo Elementos de las Ciencias Alembert apelaba a una filosofía nueva de las Ciencias en el cuadro de un sistema que integrase las ciencias en un sistema filosófico coherente. Nadie hablaba, en ese círculo, del pasado. Definían sus interpretaciones del universo ya así: “El sistema de los enciclopedistas es puramente racional, nutrido de las convergencias de la ciencia empírica lockiana y sobre la certidumbre de que ni el azar ni el ‘fatalismo’ presiden los destinos de las cosas creadas y donde el hombre es el ‘centro común’...”.

Esa era la hipótesis de otro de los grandes espíritus forjados de la Enciclopedia. Me refiero, sin más, a Diderot que acuñaba una frase nueva: “El universo ha destronado a Dios”. (La Roman vrai de L’Encyclopédie, página 63).

La polémica Voltaire-Rousseau sobre el terrible terremoto que asoló Lisboa –1 de noviembre de 1755 y que supuso la destrucción de la capital de Portugal con una impresionante pérdida de vidas humanas– daría ocasión a una contradicción famosa entre Rousseau y Voltaire después de la publicación, por Voltaire, de su *Poeme Sur le desastre de Lisbonne*. Dios se cruza en los alegatos. En 2005 después del terremoto de Meulabouh, en Indonesia, los creyentes islámicos dijeron, a voces, “que el terremoto era el castigo divino impuesto por Alá a los pecados de los indonesios”.

En 1755, con motivo del terrible desastre de Lisboa, Voltaire afirmó que la Providencia Divina no existía. Un clérigo de Ginebra (Suiza),

Juan María Alponente

escandalizado, pidió a Rousseau (nacido en Ginebra) que escribiera una refutación total, “sin la menor duda”, frente a los conceptos “impíos” de Voltaire. La confrontación se hacía, también, en términos sociales. Voltaire era un hombre leído en Europa entera; una eminencia social; un hombre rico. El Contrato Social era, a su vez, tema ineludible: el genio de los dos difícil de eludir. Se enfrentaron.

La muerte, serena siempre, llega a todos. En 1778 Voltaire hace el último viaje de su vida. Llega a París el 10 de febrero de 1778 y la noticia invade la ciudad. Su más famoso ciudadano, después de años –nada menos que desde 1750– no aparecía en París. En la Comedia Française se ponía, noche tras noche su tragedia *Irene*. No era la mejor de sus obras, pero su nombre llenaba el teatro. El pueblo y la aristocracia se reunieron en la fiesta de su llegada. Vicent Badaire, autor de *Le diable d’homme* ou Voltaire inconnu (El diablo de hombre o el Voltaire desconocido) dice que su llegada al teatro fue una epopeya. París recibía a su patriarca, pueblo y nobleza, al mismo tiempo. El tiempo de Voltaire era ya muy breve.

La iglesia cercó su cama para invitarle al arrepentimiento y, por tanto, a la retractación. Los clérigos le piden lo imposible. Sólo extraen de él un reconocimiento de Dios. Consideran que era insuficiente: le exigían todo. Él señaló: “¡Déjenme morir en paz, yo quiero morir en la religión en la que nací”. Nada más. Lo consideraron insuficiente. Le rodearon exigiéndole una total revocación de sus ideas, libros –¿quién de ellos recordaba la defensa heroica y solitaria de Jean Calas y de todos los perseguidos posteriormente?– y no palabras. Voltaire no puede más. La enfermedad le dejaba ya fuera de la vida. Si la iglesia no certificaba que moría arrepentido, ¿qué sería de su cuerpo?

Unos amigos, ya cadáver, le rescataron de la miseria de la condena. Le vistieron su ropa normal. En el silencio le sacaron de su alcoba. Le condujeron a una carroza y le alejaron de París –los cadáveres no podían viajar y por ello le vistieron– en secreto y le condujeron a la Abadía de Selliers donde el abad Mignot, nos dice Vincent Badaire, le enterró en

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

secreto. Repito, con respeto y emoción, el nombre del abad Mignot. Muchos Mignot se necesitan.

Era el 30 de mayo de 1778. Voltaire, nacido Francois-Marie Arouet de 84 años de edad acaba de realizar el viaje —el último— más asombroso de su existencia. En su Diccionario Filosófico, respecto al término de libertad decía: “He aquí una batería de cañones que suenan en nuestras orejas. ¿Ustedes tienen libertad de escucharlos o no escucharlos?..”. Él se respondía: “Sin duda, yo no puedo impedir oírlos”. Los cañonazos de la libertad sonaban día a día. En gran medida esos cañonazos le pertenecían, también, a Voltaire.

El 30 de mayo de 1791 la Asamblea Nacional ordenaba la transferencia de las cenizas de Voltaire al Panteón de los Hombres Ilustres de Francia. El 11 de julio se produjo ese proceso en medio de una multitud.

La Enciclopedia —obra colectiva y plural— padeció el mismo problema. El segundo tomo fue prohibido. El primero ya había recibido una áspera recepción por parte de la Iglesia.

No deja de ser significativo, en la batalla por la *isología*, que Malesherbes fuera, también, en el caso de la Enciclopedia, un hombre de valor y coraje físico ya que, en 1752, el furor de los censores eclesiásticos cayó sobre un artículo del abad Prades, “Certitude”, que, al margen de su contenido, implicaría una famosa polémica cultural. En efecto, su Tesis de Teología, “Jerusalén coelesti” —18 de noviembre de 1751— en la Sorbona, fue aprobada por los doctores y recibió el “*imprimatur* eclesiástico”. Pronto se encontró con una vitriólica crítica de otros censores. Éstos proclamaron que, en su tesis, existían, al menos, “diez proposiciones heréticas”. Como consecuencia de ello su artículo para la Enciclopedia desencadenó todo el aparato represivo y se decidió, con el pretexto de Prades, lo que deseaba la clase dirigente: prohibir la impresión de dos tomos de la Enciclopedia. Diderot, —con D’Alembert responsable de las ediciones había leído el artículo de Prades— una vez más, se encontró con la espalda contra la pared. En efecto, el artículo del Abad fue considerado por sus censores no

Juan María Alponente

sólo herético, sino portador “*des germes d’atheisme*”, “de los gérmenes de ateísmo”. Seis días después el arzobispo de París, Christophe de Beaumont, condenaba la Encyclopedie. La opinión pública la defendió y, por tanto, pese a todo, prosiguió su recorrido. Una gran batalla ideológica y cultural comenzaba.

No terminó ahí, sin embargo, el caso Prades. El Parlamento de París, aunque cuestionaba al Rey, inmediatamente adoptó, en defensa de la unidad-del-poder, una proposición condenatoria de Prades e, igualmente, en nombre “de la seguridad de la Religión y el Estado”. Prades tenía, entonces, 28 años. Era alto, delgado, moreno. Su cara tenía huellas de viruela.

El 11 de febrero de 1752, ya publicado el polémico libro de Montesquieu, el Abogado General, Lefèvre d’Ormesson, en el Consejo Secreto del Parlamento, “asimiló, por vez primera, a los enciclopedistas con una secta peligrosa”³⁹.

Puede entenderse, entonces y hoy, la significación que tuvo, el capítulo VI del Libro XI de El Espíritu de las Leyes cuando Montesquieu diseña el significado de la seguridad y la libertad de los ciudadanos. Afirma que uno de los derechos fundamentales, incluida la búsqueda de la felicidad es, sin más, la seguridad. Véase lo que dice Montesquieu sobre ese tema capital y su posible significado para México y para muchas otras sociedades donde la seguridad no tiene significado real:

“La libertad política de un ciudadano es la tranquilidad de espíritu que proviene de la opinión que cada uno tiene de su seguridad y porque si se tiene la libertad es preciso que el Gobierno sea tal que un ciudadano no pueda temer nada de otro ciudadano...”.

En suma, una de las funciones esenciales del Estado de Derecho es la responsabilidad del Estado en la defensa, articulada, de la seguridad y la libertad de los ciudadanos. Si falla esa doble definición falla, también, el Estado de Derecho o, simplemente, no merece esa definición.

³⁹ “**Le Roman vrai de l’Encyclopédie**”, Francois Moureau, Editorial Découvertes Gallimard.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Justamente por ello tampoco es válida la visión simplista y, menos aún, si es simplificadora, de la historia. El Terror impuesto por Robespierre en defensa del Nuevo Régimen, tuvo una frontera histórica casi inmediata: el Thermidor. En efecto, en la jornada del 9 de Thermidor (27 de julio de 1794) se produjo la caída de Robespierre y de los hombres que habían redactado y apoyado la Ley Prairial (10 de junio de 1794), Ley que permitía, sin abogado defensor, la más rápida condena y ejecución de los acusados por una simple denuncia. La Asamblea, que ya viera conducir a Danton a la guillotina, sobrecogida y espantada, provocó una rebelión que, el 27 de julio de 1794, condujo al apresamiento de Robespierre y sus aliados. Al día siguiente fueron ejecutados. La rebelión del Thermidor finalizó un ciclo histórico. Al Terror rojo sucedería otro horror: el Terror blanco. Descartes no era, sin duda, una lectura cotidiana ni de los unos ni de los otros.

El historiador Michelet relata una anécdota reveladora: unos días después del Thermidor carruajes espléndidos se alineaban, como en los mejores días del Viejo Régimen, ante los teatros. Se escucharon, de nuevo, las fórmulas del mundo que se creía desaparecido: “¿Necesita un carruaje, mi señor?”. Un niño, dice Michelet, no entendió el nuevo lenguaje. Hasta entonces había escuchado lo contrario. “Se le explicó”, dice Michelet. No sabemos, no lo señala, si el niño entendió lo que pasaba a su alrededor.

En 1989 yo estaba en el París en los días en que se preparaba, la capital de Francia, para el aniversario de la Revolución de 1789. Se preguntó al Presidente Mitterrand si, finalmente, los restos mortales (verdaderos o no) de Robespierre serían enterrados en el Pantheon de los Hombres Ilustres de Francia. Mitterrand, líder socialista, contestó (tengo nítidas y claras sus palabras) así: “Yo, como los demás presidentes de la República Francesa, no haré eso porque Robespierre tiene sangre francesa en sus manos”. Si esa medida fuera universal muchos nombres, en bronce dorado en las Asambleas, serían impensables. Por esto mismo es necesario asumir, lúcidamente, las contradicciones. Sólo ellas, con ellas, sobre ellas, se escribe la historia de los pueblos adultos. Hegel lo proclamó dialécticamente con su proposición famosa: tesis, antítesis y síntesis.

Juan María Alponente

Sin embargo, mirando hacia atrás, el 30 de mayo de 1791, diez días antes de que Robespierre fuera nombrado (10 de junio) Acusador Público del Tribunal Criminal de París, mediante un decreto de la Asamblea Nacional, se autorizó que las cenizas de Voltaire, el gran enciclopedista, fueran conducidas al Pantheon. El 11 de julio de 1791, en el cuadro de un verdadero e insólito movimiento popular de júbilo, los restos de Voltaire llegaron al *Pantheon*. Fue una figura clave de la Enciclopedia. Los policías habían cercado, más de una vez, la editorial.

Un Inspector de la Policía había sido encargado, antes, de la vigilancia personal de Voltaire. Le define así: “Es grande, seco y con el aire de un sátiro. Vive en la Rue Traversine en la casa de Madame la Marquesa de Chatelet”. La aristocracia lúcida (en la vieja Grecia los “*aristoi*” eran los “mejores”) estaba a su lado. La otra moriría sin más.

El 14 de abril de 1794 (mes Germinal en el calendario de la Revolución) la Convención Revolucionaria ordenó que los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau fueran conducidos, igualmente, al *Pantheon* de los Hombres Ilustres. Rousseau había sido el “otro”, es decir, el contemporáneo de Voltaire⁴⁰ y, a la vez, contrafigura de Voltaire. En este último caso fue Robespierre mismo quien propuso a Rousseau para trasladar sus restos al *Pantheon*. El día anterior, 13 de abril (24 del Germinal) el Tribunal Revolucionario aprobó 19 condenas de muerte, entre ellas estaba la viuda de Hebert (líder de los radicales y director del periódico “Le Père Dúchense”, desde cuyas páginas se propalaban toda clase de proyectos violentos). El 24 de marzo de 1794, Jacques René Hebert y sus colaboradores más cercanos fueron condenados a muerte. Su mujer sufriría la misma pena. Robespierre no quiso, sin más, una oposición desde la izquierda ni una oposición desde la derecha. Hebert, por su parte, instituyó el culto a la diosa razón que era, al revés, la exaltación de lo irracional y desmesurado. Unos días antes, el 5 de abril, fue condenado a muerte, igualmente, un gigante de la Revolución, Danton (Georges Jacques) con los dantonistas”. “Tengo muy presente que Regis Debray me citó un día, para cenar, ante el Monumento

⁴⁰ Las cenizas de Voltaire fueron conducidas al Pantheon de los Hombres Ilustres de Francia por decreto de la Asamblea Nacional el 30 de mayo de 1791.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

a Danton en París. Regis Debray, compañero del Che Guevara en Bolivia es, hoy, una figura clásica, conceptualmente, del pensamiento filosófico y cultural de Francia. El tiempo no extermina: hace posible el entendimiento de la realidad. Sólo los dogmáticos irrecuperables no cambian. Como los demagogos, mueren sin pensar que vivieron. Vivir es saber.

El 22 de abril de 1794 (3 Floral) fue ejecutado Malesherbes a quien debemos, antes del antes, esa prodigiosa defensa del espacio público como derecho fundamental del hombre.

El 7 de mayo (18 de Floral) así no más, se hizo público el Informe de Robespierre “sobre los principios morales y políticos que deben guiar la Convención (revolucionaria) en la administración interior de la República”. Entre las disposiciones adoptadas se decretó “que el pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo (*Etre supreme*), la inmortalidad del alma y, para ello, se instituirán las fiestas debidas”. Saber es indispensable. Por eso todo saber es lúcido y lúdico; no solemne, autoritario o anárquico. Es preciso elegir la razón, el logos. Lo contrario, la desmesura, la *hybris* griega, condenada siempre, nos posibilita, frente al demagogo, la inteligencia de la medida que puede ser más revolucionaria. Recordemos a Voltaire pidiendo al Rey la revisión del juicio de Jean Calas. Ese impulso hacia la Ley genera revoluciones en la profundidad del espíritu humano.

El 8 de mayo de 1794 se produjeron 27 ejecuciones. El 10 (21 de Floral) entre los ejecutados estuvo Madame Elisabeth, hermana de Luis XVI. ¿Nos sirven, las contradicciones como cuota lúcida para evitarnos hacer un juicio apocalíptico o, al revés, posibilitan que la sabiduría sea el marco referencial indispensable? La lucha contra la arbitrariedad y la pena de muerte haría, en el siglo XIX, al autor de “Los Miserables”, Víctor Hugo, un hombre universal. Su carta a Juárez pidiéndole que salvara la vida de Maximiliano, lo que probaría, según Hugo, la fuerza de la República y no su debilidad, sigue siendo un alegato que debería pasar por los textos escolares.

Juan María Alponente

El 11 de mayo de 1794 se hizo público el Informe de Barreré, dirigido a la Convención, para “extirpar la mendicidad”. El policía que vigilaba a los autores y enciclopedistas, en sus notas sobre Diderot (con D’Alembert figura emblemática de la Encyclopedie) decía: “Es un tipo de talla media y una fisonomía bastante decente. Es extremadamente peligroso. Autor de libros contra las buenas costumbres”. La Enciclopedia de Diderot –suele decirse– “se pensó, en principio, que tendría cinco volúmenes, después diez y concluyó, finalmente, con la cifra sorprendente de treinta y cinco, incluyendo las Tablas que, por sí solas, bastarían para producir la admiración de la posteridad”⁴¹.

Ninguna censura pudo eliminar la potencia de un pensamiento que, finalmente, se convirtió en una prueba, eficiente, del uso público de la razón.

Sobre Montesquieu, el policía citado, escribe para sus déspotas: “Edad 60 años. Señalamiento: pequeño, magro, la vista baja. Escribió L’Esprit des Lois en Ginebra. Hubo muchos desacuerdos sobre el tema, tanto en la Sorbona, que quería censurarlo, como en el caso del Canciller que quería proscribirlo. Sin embargo, todo esto se ha acomodado en razón de todas las peticiones que él ha hecho y se han publicado varias ediciones en París con permiso tácito...”⁴².

Montesquieu, el de la vista baja, es una de las miradas más altas de la Ciencia Política y, desde luego, de la batalla del hombre por el uso público de la razón. Volveremos al tema.

⁴¹ Dicen Ramón Soriano y Antonio Porras en “**Diderot-D’Alambert, “Artículos Políticos de la Enciclopedia”**”. Editorial Altaya Barcelona, 1994.

⁴² Le Roman vrai de l’Encyclopédie.